



## II

### Polichinela

Esto era en Pau, en Febrero último, cuando me postró en cama por primera vez la enfermedad con que todavía vengo luchando.

¡Ah! Mucho tiempo ha de pasar antes de que se borre de mi memoria el recuerdo de la habitación del *Hotel de Francia*, en la que me había hospedado tan alegremente el día de mi llegada, abriendo de par en par las ventanas ante el espléndido panorama de los Pirineos, y en la que, algunos días después, temblaba dando diente con diente, arrebujado entre mantas que me hacían sudar sin quitarme el frío, y sintiendo mis manos febriles entre las afectuosas de la monja que no se apartaba de mi cabecera. ¡Con qué espanto re-



cuerto los ramos de flores pintadas en el papel de la pared, que mi delirio transformaba en testas de viejos soldados romanos—ignoro el por qué,—de fea y triste catadura, que parecían mirarme con sus ojos blancos y sin expresión, como los de los ciegos!

Las horas de la madrugada, sobre todo, eran horribles, después de una larga noche de insomnio.

—¿Qué hora es, hermana?

—Ahora mismo han dado las siete.

Las alas de las tocas habían palpitado sobre el respaldo de la gran butaca en que la monja acababa de dormitar un poco.

—Debe ser de día—añadió.

Levantábase entonces y me dirigía una mirada compasiva que despertaba todas mis aprensiones é inquietudes de enfermo. Atravesaba la habitación, alumbrada tan sólo por la lamparilla de noche, y corría bruscamente las cortinas de la ventana. Entre las nubes sucias de una mañana lluviosa, aparecían aquí y allá franjas de nieve en lo alto de las sierras; y el cielo se mostraba envuelto en masas de vapores que semejabán pelotones de algodón manchado.

¡Oh, no olvidaré jamás aquel penoso despertar de mis noches de enfermo, en el albergue que el azar me deparó, tan lejos de las personas queridas!

El que hoy viene á mi memoria es el menos triste de todos mis recuerdos de aquellos días.

Han pasado dos semanas desde que sentí el pri-

mer escalofrío. El bisturí del cirujano me ha salvado..., hasta nuevo accidente; y aunque todavía guardo cama y estoy muy débil, he recobrado la calma y no tengo nada de fiebre. Las odiosas máscaras de legionario romano que llenaban las paredes han vuelto á convertirse en ramos de flores.

Son las primeras horas de la tarde, y el dulce clima de la región permite dejar abierta la ventana; de modo que cuando levanto los ojos del libro que leo, con un codo apoyado en la almohada, puedo admirar desde mi lecho los Pirineos, con sus picos de nieve y las vertientes de un suave azul rosado, destacándose sobre el cielo límpido y sereno. ¡Qué calma tan augusta! Llegan hasta mí, confundidas en un vago murmullo, las conversaciones de los transeuntes y las regocijadas vocecillas de los niños que juegan en el amplio paseo, tendido á lo largo del hotel. La religiosa dominica está sentada cerca de mí; pero ya no la distraigo de sus oraciones á cada momento, como antes.

De pronto viene á mezclarse con los ruidos del exterior el desagradable sonido de una campanilla rajada que alguien agita fuertemente en la calle.

—¡Hola, hermana Serafina!—exclamo yo,—ya son las cuatro. Va á empezar la función en el teatro de muñecos.

La hermana Serafina y yo nos hemos hecho amigos. Ella es una excelente mujer, de origen humilde, sin duda alguna, de edad incierta, unos cuarenta años al



parecer; su rostro congestionado, entre las blancas tocas, carece de belleza, pero su persona tiene un aire lleno de dignidad y de dulzura. En ella todo es dulce: la mirada, los ademanes y aun la voz, á pesar del acento provinciano que la afea. Al principio de mi enfermedad permanecía silenciosa; mas luego le he ido inspirando confianza y me ha descrito con la mayor sencillez, sin advertir lo admirable que es, su vida apacible de continua abnegación y caridad.

¡Cuán lejos estáis, ingeniosas maledicencias y equívocos picarescos de las tertulias de París, siempre salpicadas de crueles y punzantes críticas contra algún ausente! ¿Y por qué no decirlo? No os echo de menos para nada, sabrosas y envenenadas garrulerías; para distraer mi fastidio de convaleciente ocioso, me basta la conversación de la hermana Serafina. Aunque no me habla más que de sus devotos ejercicios y de los cuidados prodigados á sus enfermos, parece exhalarse de sus pláticas un aroma compuesto de incienso y de ácido fénico. Vosotras excitáis una risa nerviosa, graciosas malicias de salón: en cambio, ¡qué encanto, qué paz interior traen consigo las palabras salidas de un corazón ingenuo y puro!

Uno de mis pasatiempos, ahora que tengo tan pocos, es ver levantarse á la hermana Serafina cuando empieza á oírse la ronca voz de Polichinela, meterse el rosario en el bolsillo después de besar á toda prisa alguna de las medallas benditas, aproximarse á la ven-

tana, y allí, medio escondida entre las cortinas, divertirse con el infantil espectáculo.

Seguramente la hermana no ha visto ni verá otra cosa en toda su vida, en materia de teatros; y siendo su alma tan ingenua y sencilla como las de los pequeños espectadores reunidos ante la barraca de los títeres, la buena religiosa ríe y se divierte extraordinariamente con los desatinos y crueldades del terrible muñeco.

Desde la cama oigo vagamente su voz ronca, sus accesos de risa después de cada crimen, el paloteo seco de su bastón al golpear las cabezas de madera de los otros muñecos; y puedo ir siguiendo,





como si las viera, las escenas triviales y feroces que hacen desternillarse de risa no solamente á los chiquillos, sino también á los grandullones que se agrupan en última fila.

La trama de la vieja farsa apenas varía: la mujer de Polichinela le moteja de borracho y holgazán, y éste le aplasta la cofia á garrotazos; preséntase el portero con el recibo del alquiler, y Polichinela, que está á punto de tirar los muebles por el balcón, le encasqueta cierta vasija mal oliente; interviene el dueño y sale apaleado; acuden los gendarmes, y los acogota. La justicia humana es impotente para apoderarse del criminal. Cuando llega el juez, con su toga y birrete, Polichinela le mata con su porra y le corta la cabeza sobre el reborde inferior del escenario. Ni el verdugo ni el mismo diablo pueden nada contra el indomable malhechor, que ahorca al verdugo y ensarta al demonio en su propia horquilla. Todos estos atroces desaguisados los comete Polichinela entre ruidosas carcajadas y estridentes gritos de triunfo.

¡Qué fondo de perversidad no necesita encerrar el alma humana, para que este espectáculo, en que se manifiestan los más feroces instintos, produzca un efecto cómico irresistible y constituya una deliciosa diversión precisamente para espectadores sin malicia, para estos niños que aún desconocen el mal, para esta religiosa que ha llegado á tan alto grado de perfección!

Mientras yo me hago esta penosa reflexión, la her-

mana Serafina, luego de concluirse la función grotesca, deja su observatorio y se acerca á mi lecho, un poco avergonzada.

—¡Qué malo es ese Polichinela!—me dice la hermana;—¡qué bribón! ¡no hace más que pegar ó matar á los que se le acercan! ¿Cómo es posible que se entretenga á los niños con tales escenas de crueldad? Yo misma me avergüenzo de haberme divertido...

—Con tanto mayor motivo, hermana—le contesto yo en tono de amistosa reprimenda,—cuanto que ha dejado usted pasar la hora de su lectura espiritual.

La hermana Serafina se sienta un tanto confusa y vuelve á tomar su libro y su rosario. ¡Pobre hermana Serafina! Ya le pesa su distracción de hace un instante; estoy seguro de que mañana se acusará en el confesonario de haberse divertido con la función del teatro de muñecos.

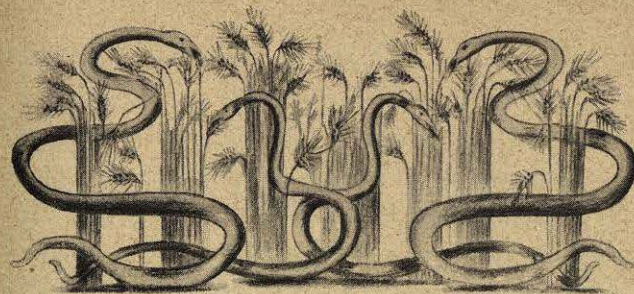
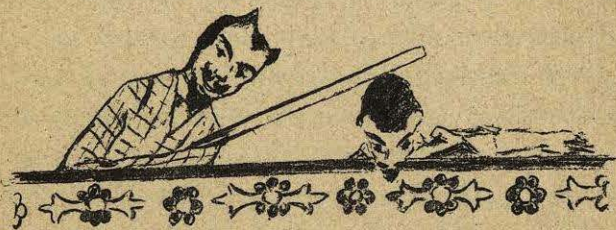
Tranquilcese, hermana Serafina. Su falta es harto venial; pero confieso, no obstante, que me extrañó ver á una criatura, consagrada á la humildad y á la obediencia, entretenerse por breves momentos con la grosera caricatura del hombre entregado á los bajos instintos de crueldad que constituyen el fondo de su naturaleza y se desbordan impetuosos al soltar la rienda á sus brutales apetitos y pasiones.

En su sencillez, la hermana Serafina se ha reído de las barbaridades que ejecuta Polichinela; pero de seguro lloraría amargamente ante otros monigotes que ella



no conoce; ante los títeres de nuestra sociedad, que son más hipócritas, sin ser menos perversos. No es, comúnmente, á garrotazos como ataca el hombre á sus semejantes, sino con armas mucho más peligrosas y disimuladas; ¡y cuántos hay que se convierten en verdugos para satisfacer su egoísmo y orgullo!

Cuando más reflexiono, más conveniente me parece que esta piadosa mujer haya tenido algunos minutos de flaqueza y se haya reído al ver la caricatura de un malvado. Esto pesará sobre su conciencia, le hará redoblar su celo y comprenderá mejor el espíritu de su vocación, que la destina á expiar las faltas ajenas; porque, dígase lo que se quiera, la fe cristiana, al afirmar que las plegarias y los sacrificios de los inocentes y puros atenúan y redimen á los ojos de Dios los intentos viles y actos vergonzosos de los demás hombres, es un sentimiento sublime, superior al de la misma justicia.



### III

#### La carestía del pan

¡La subida del pan!... ¡La carestía!... Estas palabras siniestras, pronunciadas hoy por todas las bocas, conmueven hondamente al público; porque nadie puede mirar con indiferencia la pavorosa cuestión, que entristece á los pobres, atemoriza á los egoístas y á todos nos roba la tranquilidad. Este problema del precio del pan es el único, efectivamente, cuya solución no podemos aplazar para mañana. Aquí no cabe el cómodo «ya se arreglará» con que respondemos á tantos otros; aquí se estrellan en absoluto el optimismo y las buenas palabras, que suelen ser la máscara hipócrita de la